

Azorín y

ENTRE las efemérides de antaño, hay que recordar algunas singulares, únicas en la vida del lugar y bien centradas en los tiempos que consideramos. Aquellos en que Guerras, —D. Juan Alvarez Guerra, nuestro gran indiano—, Salamanca, el banquero y Ribas, el Marqués de Mudela, como empresarios, plantaron en nuestro suelo la Y griega del carril de hierro, con su rasgo inicial en Madrid y los finales, abiertos aquí, hacia Levante y Andalucía.

Por ese carril vino todo, a partir de entonces, y los alcazareños se quedaron como asombrados.

Además de Salamanca y Ribas, hombres de acción que nos dejaron la Estación y las bodegas, vino por ahí Salmerón, que rindió homenaje a su compañero de profesorado en la Universidad de Madrid, el alcazareño D. Tomás Tapia. Vino Canalejas, vino D. Melquiades, vino Gasset. Pasaron los Reyes y los Gobiernos miles de veces, bien notadas por la concentración de Guardia Civil que les precedía. Pasaron y posaron horas y horas los repatriados de Cuba, pasaron de continuo las tropas de Africa y pasaron infinidad de viajeros y mercancías de todas partes.

Alcázar se hizo al ruido de los vagones y al barullo de la salida de la Estación y contempló con calma todo lo que pasaba, cobrando por ello fama de apático e indiferente.

Entre esta indiferencia pasó un día, también, el Pequeño Filósofo, de aire ensimismado, con sus cavilaciones.

El hombre hermético iba en realidad enardecido, mirándolo todo, penetrándolo todo, queriendo descubrir hasta en sus huellas minúsculas la señal de todo mal, una verdadera locura en la que solo le había precedido aquel Caballero del Ideal, cuya ruta se decidió a seguir y no solo por La Mancha, sino por España entera, aunque fueran La Mancha y Castilla el solar predilecto de sus andanzas.

Venía de Levante, con la mirada hecha a las claridades mediterráneas y al verdor de los matorrales alicantinos y por aquí había de pasar, entonces y ahora, para ir y tornar a sus lares, recibiendo siempre el efecto alucinante de la estepa. No es extraño que sintiera la tentación de apearse de aquel tren mixto de a treinta kilómetros por hora para correr a pie los caminos que veía desde la

